



## CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

### I

**M**i joven compañero: Su cartita de V. me ha interesado: veo en ella lo que rara vez hay en estas solicitudes dirigidas por los principiantes á los que ya lucimos cicatrices de veteranos y estamos curtidos en las batallas:—verdadero deseo de aprovechar la ajena experiencia, y cierta escrupulosidad concienzuda que indica en V. prendas morales de mucha valía....—Me agrada también el que oculte V. su nombre, firmando únicamente con el que sirve de epigrafe á mí contestación: «Un literato novel». Este título en cierto modo impersonal,—ya que existirán en Madrid sobre 500 literatos noveles, por lo menos,—me deja en libertad

para aconsejar, amonestar y hasta regañar á V. si llega el caso: á saber cómo se llama y quién es, no lo hiciera. Y me agrada también su indicación de que le conteste á V. en letras de molde. «Así, dice V., se aprovecharán de su doctrina muchos que se encuentran en mi mismo caso. Así no tendrá V. reparo alguno en dirigirme, porque será dirigir á otros muchos á la vez.» Y aun cuando no estoy conforme en que mis cartas impresas tengan nada de doctrinales, pues no presumo de maestrá, como repito que ya mis diez años de actividad literaria me han enseñado bastantes cosas y obligado á meditar sobre otras muchas, tal vez pueda V. y los que como V. sientan vocación de emborronadores de cuartillas, sacar algún fruto de mis estudios prácticos.

De práctica de la profesión voy á hablarle á V. solamente. En cuanto á la teoría, ni es fácil exponerla en cartas, ni hay para qué repetir (á no ser ampliándolo y perfeccionándolo) lo que varias veces dije en letras de molde, ni en último caso

creo que se puede influir directamente en las ideas de nadie, ni tener discípulos, ni cosa que se le *ameje*, como diría algún personaje de Pereda.—También en este punto encuentro discreta y acertada su epístola. Porque si caben consejos en lo relativo á *procedimientos*, no así en lo que depende sólo de las aptitudes de cada individuo. ¿Voy yo, ni va nadie que tenga la cabeza sana, á decirle á un escritor duro de oído «sea V. armonioso», á un alma de cántaro «sea V. tierno y fino como la seda», á un colorista nato «más psicología», y á un autor gris y deslabezado «más nervio, más color»? Puede eso decirse juzgando en público, no aconsejando privadamente. Mil veces me han puesto en aprieto sus colegas, literatos noveles como V., enviándome un manuscrito y preguntándome con humildad casi siempre fingida: «¿Qué echa V. de menos ahí, señora? Á ver, dígame V. lo que falta, que *se pondrá* inmediatamente.» Y yo bien veía lo que faltaba, ¡vaya si lo veía! ¡de cien leguas!; pero pensaba para mí

*deshabillé* (que no siempre ha de ser *sayo*, y hoy ni hay tales sayos, ni modista que los corte). «Lo que falta ya lo hubieses puesto tú, si lo tuvieses disponible; y si llegas á tenerlo, lo pondrás, y si no lo tienes, ni lo puedes tener, no viene al caso que yo te lo exija.» ¡Ah, mi desconocido joven! Crea V. esto, no porque lo digo yo, sino porque es verdad; todos los cuidados y advertencias del escritor ya ducho al principiante no harán de un leño un dios..., por aquel latinajo tan sabido cuanto macarrónico: *quod natura non dat.... tararira*.

Quedamos en que no intento emular á la naturaleza empenándome en crear genios, sino únicamente advertir á V. lo que llevo observado en la sociedad respecto á nuestra profesión, declarando ante todo que, conociendo sus inconvenientes y hasta sus dolores propios, yo la amo y no la trueco por ninguna.—Si V. no sintiese lo mismo, creo que me desanimaría y no le escribiría estas cartas. Porque lo primero es la fe y la esperanza en toda

émpresa y en toda obra. Afortunadamente V., en este punto tan importante, no flaquea. Tiene V. ánimos, confianza, hasta optimismo. « Algo siento dentro que me dice: llegarás. » Esta frase de los veinte años me alegraría, á poder suprimir la desconfianza que ha engendrado en mí el espectáculo de tanta frustrada tentativa, de tanto aborto. He visto que la *voluntad* y el *deseo* no engendran la *inspiración*: he conocido á muchos de esos curiales « que llevan en el alma el cadáver de un poeta muerto joven »; he sentido mil veces lástima profunda de Prometeos más desventurados que el de la fábula, porque al menos aquél, si lo amarraron á la roca, logró robar en hueca caña la brillante chispa del fuego divino y comunicarla á los demás hombres....

Ello es que V. espera, fundando sus esperanzas en un libro que, según me indica, tiene escrito ya y se dispone á dar á luz. No me dice V. si esas primicias de su inteligencia están en verso ó en prosa, ni, en este último caso, si el libro es novela,

crítica, historia, biografía ó qué. Tampoco sabemos si tiene V. buscado y *encontrado* (que ahí está el intrínquilis) editor, ni si piensa V. serlo de sí mismo. Como en la carta no me da V. sus señas, yo no puedo pedirle que esclarezca este punto. No importa: así entraré con más soltura en el terreno práctico.

Empecemos por dejar establecido que las menudencias prácticas no sólo no merecen el desdén que hacia ellas aparentan los destornillados, sino son acreedoras á la mayor atención, y el despreciarlas implica consecuencias muy graves para la tranquilidad y aun para la dignidad de la vida. Schelling, al discurrir sobre el « destino del sabio y del literato en la sociedad », dice que sin la confianza en la probidad y en la habilidad ajena, la sociedad no podría existir. En efecto, toda relación humana, hasta la más modesta, verbigracia la de vender y comprar garbanzos, se eleva y adquiere trascendencia social cuando ostenta el sello de la buena fe y de la rectitud. Ríase V. de

los que se rían de estas *pequeñeces*. Ellas hacen á las naciones fuertes y prósperas, á los individuos libres y dichosos. No recele V. pensar en las cuestiones de *prosa*: crea V. que la *prosa* agobia más y se impone más á quien más la olvida.

Cuidemos, pues, á su libro nonnato para que nazca y viva robusto (si las Musas quieren). Lo tiene V. escrito, supongo, en buena letra cursiva, recio papel, y muy cosiditos los cuadernos—como obra de principiante.—Ahora es necesario que yo fantasee la posición social y financiera de V. Una de dos: ó cuenta V. con medios para imprimir su libro, ó no cuenta. En el primer caso, (el más agradable y lisonjero) aconsejo á V. sin vacilar que no busque editor. Porque... otro dilema: ó el libro es bueno, ó es malo. Si es bueno, ha de darle á V., temprano ó tarde, honra y provecho la edición: si lo segundo, ha de sufrir V. cierto sonrojo cuando la vea estancada en el almacén del editor, formando pilas, ó en las librerías de lance y en los tenderetes y banastos

callejeros, desechada, amarillenta como niña sin novio, y rebajada, desde las clásicas tres pesetas, al humilde real. De manera que en todo caso, si V. dispone de algunos fondos, no fuerce V. la suerte, ni se empeñe en deslumbrar al socio capitalista, que el editor no representa otra cosa. Sepa V. que los editores no son:

«ce q'un vain peuple pense...»

(me figuro que entiende V. el francés.) V. habrá oído tratar á los editores de explotadores, codiciosos, sanguijuelas, y otros dicterios. Encójase V. de hombros: tales injurias no pasan de

«¡voces que hacen correr cuatro poetas que en invierno se embozan con la lira.... Ladridos de los perros á la luna!»

Que un editor es un mercader, ya lo sabemos. Obligación tiene de portarse como mercader honrado; pero como mercader. Supongamos que V., por carecer de capital disponible, va y le ofrece su libro. Ese libro, para el editor, representa X: incóg-

nita. Es el primero que V. escribe: su nombre de V. no lo conoce nadie: la crítica no le ha juzgado; ningún lector ha transmitido á otro su impresión, esa sentencia breve y oral, tan influyente en la nombradía y en el crédito, que contra ella la impresa no prevalece.—El editor no puede calcular el valor de lo que V. le entrega. La experiencia le dicta que de doscientos libros que hagan gemir los tórculos, ciento noventa y nueve no consiguen ni aplauso sincero ni lectores. La cautela más elemental le obliga á precaverse, á revestirse de concha de tortuga y puas de erizo. Hay horas en que un editor hasta tiene que ser desatento, finchado y muy *yankee*, para espantarse los mosquitos y moscones literarios. No si no hágase de miel, y ya verá lo que le acontece....

En la persuasión de que V. no es uno de tantos, mi desconocido joven, he de decirle que existe una legión de monomaníacos literarios, ya furiosos, ya inofensivos, ya anodinos, ya dañinos y atravesados

como espina sutil de congrio. No sé qué tiene esta aspiración de la literatura, que es un germen desorganizador, un microbio pestífero en las almas torcidas ó pequeñas. Al que no eleva le empeora, en ocasiones hasta el extremo de la depravación. Es una sed que engendra hidrofofia. Alguno mordería si pudiese. Tan caracterizada está la locura en ciertos casos, que presenta la forma curiosa y típica del delirio llamado *paranoia persecutoria*. Viva V. muy prevenido, joven amigo, no sólo contra los alucinados de esta especie, sino también contra las alucinaciones. No dé V. nunca en la flor de creer que se conjuran contra V., en tenebrosa cuchipanda, ni éstos, ni aquellos, ni los otros. Hay en una novela del portugués Eça de Queiroz cierto personaje clerical, cuya nota cómica es exclamar á todo cuanto ocurre, aunque sea el mal tiempo: «¡Que me digan á mí que no anda en el cotarro la masonería!» Pues bien: los consabidos mosquitos, para pasto de su vanidad, tienen siempre alguna

*masonería* de que echar mano. Ora se han conjurado en su daño los editores, ora los periodistas, ya los críticos, ya los dogmáticos, ya «el infierno» como contra doña Leonor, lo heroína del duque de Rivas. V., jóven, no olvide nunca aquello de «Si Dios conmigo, ¿quién contra mí?»; afirmación sublime de la fe divina que también puede servir de lema á la voluntad humana. Si V. vale y quiere, así resuciten los conspiradores de Venecia, será V. hombre. Y aunque todo el que vale y quiere tiene amigos y enemigos en cantidad, lo que es conspiradores, en este *momento histórico*, puede que ya no queden sino en cierto coro muy animado de la zarzuelita *Adriana Angot*.

Volviendo á los editores, crea V. que jamás se ha visto ninguno conspirando á sabiendas contra su bolsa. Es decir que si del libro que V. les lleva sospechan algo bueno, lo adquirirán acto continuo. Me objetará V. que un editor puede ser ignorante, limitado y cerril, y equivocarse respecto al éxito y porvenir de un libro.

¿Quién lo duda? ¿Pero qué dirá V. si añado que en el mismo error que el editor literato cae mil veces el crítico docto? Cuando Flaubert escribió su novela capital, *Madama Bovary*, hubo de leerla en cuartillas Máximo Du Camp (que no era rana); y tales y tan desatinados fueron los dictámenes que emitió acerca de la obra maestra, proponiendo suprimir lo que cabalmente después gustó más al público, que Flaubert escribió al pie del veredicto de Du Camp esta única palabra: «*Gigantesque!*» Pareceres *gigantescos* los oirá y leerá V. á cada triquitraque si se enzarza en esto de las letras, y quizá llegue V. á persuadirse de que el mero buen sentido y el olfato de perro perdiguero viejo de los editores, eclipsa á veces la *ciencia* de los oráculos críticos....

Restituyéndonos al terreno práctico (si es que hemos salido de él), digo á V. que, caso de tener que entenderse por primera vez con editores, sea V. dúctil y condescendiente, perseverante sin terquedad y jamás interesado, ni exigente, ni necia-